

## LO QUE NO SE VE\*

CRISTINA FERNÁNDEZ CUBAS

Rector Magnífico de la Universidad de Alcalá, Vicerrector de Investigación y Transferencia, Secretaria General, Doctores Gil e Ibán, anteriores Rectores de la Universidad de Alcalá, Rectores de otras universidades, madrina y padrinos de este acto, autoridades académicas y miembros de la comunidad universitaria, corporación municipal, señoras y señores, amigas y amigos:

Uno de mis recuerdos más antiguos tiene relación con sombras y con fuego. No hablo de un recuerdo aislado ni siquiera de una anécdota, solo de una situación, una constante. Las noches de invierno en la casa de un pueblo, frente al mar, en aquellos lejanos tiempos en que, invariablemente, al caer la tarde caía también la luz. A veces el parpadeo de las bombillas oficiaba de tímido pregonero. Otras, el corte de fluido eléctrico se producía de repente, sin previo aviso. Daba igual. Las restricciones se habían convertido en la cita obligada de todos los días, cita que ponía a prueba la paciencia de los adultos y que, en cambio, a algunos niños nos fascinaba. Porque una reserva de velas, candelabros y quinqués, en silencioso estado de alerta hasta ese momento, entraba entonces en acción, al tiempo que una legión de sombras bailarinas empezaba a deslizarse por escaleras y rellanos, oscurecía espejos y cristales y se adueñaba, en fin, de todos los rincones de una casa que ya no parecía nuestra casa. Era la hora del relevo. La hora mágica. La hora también de contar historias, recrear leyendas y pasar miedo, un *miedo gustoso*, junto a la salamandra encendida del último piso.

Lo he contado ya algunas veces. Mi respeto por la narración oral tuvo que nacer a la fuerza en aquellos días entre leños y sombras con la música del mar tras las ventanas. Y no me he cansado de recordar a la indiscutible maestra de ceremonias, Antonia García Pagés, a la que mi memoria antigua se empeña en representar siempre anciana. Antonia, nuestra niñera, *la Totó* para las tres pequeñas de una familia de cinco hermanos, poseía un inagotable caudal de prodigios y espantos, canciones milagrosas (que solo podían entonarse un día a la semana o, incluso, una vez al año) e historias de amor y venganza que narraba como si hubiera sido testigo presencial de aquellos hechos o quizás –¡quién

---

\* Discurso del acto de investidura como Doctora Honoris Causa por la Universidad de Alcalá de Cristina Fernández Cubas, pronunciado el 14 de diciembre de 2021. Puede seguirse el acto en <<https://www.youtube.com/watch?v=Ck4nQQHn6S4>>.

sabel– como si simplemente los hubiera protagonizado. Nunca revelaba sus fuentes ni se perdía en detalles y cuando cualquiera de nosotras se interesaba por el lugar donde habían sucedido los extraños hechos o cómo había llegado a averiguarlos se encogía de hombros. “Dicen”, decía. Y aquí acababa la función. Hasta el día siguiente. Teniendo buen cuidado de dejar una duda en el aire, un cabo suelto, un dato impreciso que quedaba flotando un buen rato en aquella habitación, ahora sin quinqués ni velas, con las niñas ya acostadas y tan solo la luz y el crepitar de los últimos leños.

Cada año que pasa –y han pasado ya muchos desde entonces–estoy más convencida de que allí, en aquel espacio que hoy contemplo como una burbuja suspendida en el aire, se cimentó mi pasión por el Cuento, género al que le sienta bien el misterio seguramente porque ÉL, el Cuento, es todo un misterio en sí mismo. Y creo también que el lector adulto al que me dirijo tiene más de un punto de contacto con esa niña que fui cuando se llevaba a la cama las historias de Antonia, las repasaba, las repetía e imaginaba continuaciones antes de entregarse vencida al sueño. O eso, por lo menos, es lo que deseo. El lector activo. El lector cómplice. El lector que sabe leer entre líneas y para el que vale tanto lo que se dice como lo que se oculta. El lector que privilegia la intensidad sobre la extensión. El lector de Cuentos.

Pero he empezado hablando de fuego y de sombras. De llamas oscilantes y formas bailarinas capaces de transformar el entorno cotidiano en un escenario desconocido. Las sombras no saben de lealtades ni de exactitudes. Son rebeldes. Se niegan a plasmar con fidelidad las siluetas de los objetos que les dan vida. Las sombras van a su aire y capricho, y su mundo no es solo una distorsión del habitual, del nuestro, del que conocemos a plena luz. Las sombras inventan. Crean. Como los escritores que gustan de moverse entre ellas. Y en una rápida asociación de recuerdos y emociones, me viene a la cabeza un cuervo, el más popular de todos los cuervos, el poema más recitado de Edgar Allan Poe y también el más criticado y controvertido. Poema al que llegué de adolescente, con todo el entusiasmo de esa edad imprecisa, y tal vez por eso –nobleza y memoria obligan–, quiero, en ese cruce de descalificaciones y defensas, situarme junto a aquellos a quienes les atrae El Cuervo. Y les descorazona. La noche de tormenta, esa cortina que se agita, el enamorado desesperado y el cuervo negro posado sobre un busto blanco que a todas las preguntas contesta: “Nevermore”. Con su voz de cuervo. Voz que imaginamos grave, sepulcral, sin matices. Y tremendamente cruel. No solo la amada Leonora no volverá ya nunca, sino que tampoco el poeta la reencontrará en el otro mundo, después de la muerte. Nevermore.

“Los cultores de la noche conocemos la presencia de este huésped de pico amarillo”, escribe Gómez de la Serna. Y nos habla de sombras, de un reloj, del remate de una biblioteca, de un sombrero olvidado sobre un mueble cualquiera... A muchos, como al creador de las greguerías, nos ha parecido verlo alguna vez. Y, puede que, por ello, acojamos su presencia en el poema de Poe con toda naturalidad, sin extrañeza. Como a un viejo conocido. Uno de nuestros cuervos particulares dispuestos a emprender el vuelo en cuanto vuelva la luz o llegue el día, aunque esas ilusiones, por fortuna, no hayan proferido jamás, al

despedirse, algo semejante a "Nevermore". Y regreso de nuevo a la burbuja suspendida en el aire. A días antiguos de tormentas, relámpagos, velas o quinqués. Pero no es nostalgia. Es memoria. Ese "montón de cristales rotos", según Borges. Y también: lo que somos. "Nuestra memoria".

Porque en las noches de aquellos lejanos tiempos aprendí que la vida está llena de recovecos, de agujeros negros, de numerosas preguntas para las que todavía no se ha encontrado respuesta. Y que de nada serviría negar lo que no se comprende. Por eso, desde aquel momento, aunque posiblemente entonces no encontrara palabras para nombrarlo, di carta de naturaleza a lo que no se ve. Y sigo en ello. Mi situación a la hora de escribir está en la frontera. Una frontera, un hábitat –y aquí un guiño cariñoso al añorado Eugenio Trías y a su "Lógica del límite"–, un territorio, en fin, entre lo conocido y lo desconocido, entre lo que sabemos y lo que ignoramos, entre lo desvelado y lo que no se ve. A menudo lo desconocido –lo *Otro*– traspasa la línea divisoria e irrumpe en el hábitat fronterizo. Muy a menudo. Y en la vida, sin ir más lejos, cada día. En sueños. El sueño forma parte de nuestra realidad. Y por unas horas, al menos, vivimos en ese lado misterioso que la razón no explica. Algunos de mis cuentos –¿hace falta decirlo?– han surgido precisamente de un sueño.

Y ya poco más. Si escribir, en palabras de Bioy Casares, es agregar una habitación a la casa de la vida, la mía, mi habitación propia, no sería más que una pieza de dimensiones y mobiliario cambiantes, un lugar donde burlar el espacio y jugar con el tiempo, el umbral, en fin, para viajar a lo que antes he llamado "lo que no se ve" y desde el que ahora, para acabar, me gustaría recordar a los que no están y, sin embargo, en un día tan especial como hoy, siento muy cerca. A mis padres, Amalia y Aurelio. A mis hermanos mayores, Ana Mari y Pedro Luis. Y, de una manera muy especial, a Carlos Trias Sagnier, compañero de vida, con quien hablé por primera vez una mañana de 1963, poco antes de un examen de Derecho Natural, en el autobús número siete que, entonces como ahora, recorría la Diagonal de Barcelona y nos conducía a la Facultad. Aquella mañana, sin saberlo, iniciamos una conversación, un intercambio que, lejos de resultar ocasional, iba a prolongarse durante más de cuarenta años. A ellos, pues, siempre en la memoria; a la Doctora Ana Casas Janices, autora de la generosa *Laudatio*; a las personalidades e instituciones saludadas al inicio de mi intervención; al Departamento de Filología, Comunicación y Documentación, impulsor de esta investidura, y a todos los presentes: GRACIAS.